

JESÚS CASQUETE: *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Tecnos, Madrid, 2009, 333 págs.

Resulta difícil imaginar que alguien —cualquier curioso rastreador de novedades bibliográficas recorriendo los estantes de un librería anónima— pueda toparse con *En el nombre de Euskal Herria* y pasar sin fijarse en él. Difícil porque lo que nuestro supuesto observador tendría delante es una pistola en primer plano empuñada por una mano cuya imagen termina en la muñeca, donde se han añadido las fotos de unos cuantos individuos recortados sobre el trasfondo de un par de muros callejeros con sendos *graffitis* escritos en ellas: *Kaña a España* y *Hau ez da Espaina*. La portada, ciertamente, invita, cuanto menos, a tomar el libro y echar una ojeada al índice, aunque sólo sea por la impresión que causa la visión del arma. Es entonces cuando nuestro observador, suponiendo que provenga de fuera del País Vasco, entenderá por completo los potentes mensajes que se esconden tras la primera plana del ejemplar sobre el que ha decidido curiosear: los bustos fotografiados de los individuos que hasta hace un instante carecían de importancia se evidencian como gudarís de la patria vasca, al tiempo que la pistola y el *graffiti* escrito en castellano permiten intuir la efectiva justificación que la violencia contra el oponente alter ego identitario encontrará en el nombre de aquellos caídos. Si además se encontrase con algún circunstancial traductor del euskera, podría reafirmar su deducción con el segundo *graffiti* de la portada: *esto no es España*. En el supuesto de que, también, conociese al autor del libro —Jesús Casquete, profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales en la Universidad del País Vasco— no le sorprendería demasiado semejante presentación gráfica de su trabajo, pues se trata de un especialista en simbología y rituales políticos. Poco puede extrañar, por tanto, que

Casquete se haya dedicado con precisión a elegir cuidadosamente la condensación de su argumentación en unas cuantas imágenes superpuestas.

Tenemos ya la exaltación de la patria, Euskal Herria, en cuyo nombre —nos lo dice el título— mueren y matan jóvenes gudaris cuya memoria se celebra, homenaja y se le tributa recuerdo. El subtítulo del libro nos permite dar un paso más allá: la religión política del nacionalismo vasco radical. Si de nuevo se conoce a su autor, resultará otra vez difícil sorprenderse. Y es que Jesús Casquete nos ha ido proporcionando a lo largo del último lustro atractivos adelantos de la investigación que finalmente ha culminado y en los que ya recurría al concepto de la religión política para articular su particular interpretación del radicalismo nacionalista. Se trata, entonces, de una declaración de intenciones, porque hablar de religión política, o de la política como sinécdoque, como apunta su autor, implica asumir unas cuantas afirmaciones (siempre y cuando se recurra, como hace Casquete, a definiciones próximas al desarrollo teórico proporcionado por Emilio Gentile sobre el término). En primer lugar, la religión política supone aceptar que una entidad del mundo secular ha sido sacralizada (en el caso que nos ocupa, la nación, Euskal Herria). Es a partir de esta primera asunción cuando el concepto revitalizado por Gentile adquiere toda su fuerza: una nación elevada a los altares a partir de la cual —según nos indican los ecos funcionalistas de la herramienta analítica elegida— se define una visión del mundo específica y se fija un *nomos*, o sentido, cuidadosamente preparado para inmunizar a sus adeptos de las experiencias anómicas de la vida, incluyendo la más anómica de todas ellas, la muerte. Una nación deificada convertida en núcleo de la cosmovisión que se materializa a través de prácticas sociales estandarizadas, o de ritos nacionales, y que se condensa en símbolos y emblemas. Y una nación vivida y sentida que convierte a quienes comparten las mismas ideas en una comunidad moral, en un grupo cohesionado con conciencia colectiva pleno de sentimientos identitarios y de camaradería.

Adaptar la definición más ampliamente aceptada de religión política al caso vasco es fácil: una Euskal Herria sacralizada, cautiva en las garras de España, por cuya causa es deseable vivir y morir. Un grupo social férreamente ensamblado que recuerda —como tantas otras ideologías o discursos movilizadores— a sus fallecidos. Que sale a la calle con pautada periodicidad y ritualizada disposición para cantar, rememorar y enaltecer a quienes sellan con sangre la liberación de la patria. Que cuentan con himnos, mapas adaptados, bandera, itinerarios, o microcosmos espaciales dentro de sus ciudades que permiten que la idea que les sostiene devenga realidad tangible, vivible, y redefinible. Que une y cohesionan a quienes forman parte de él, proporcionándoles una específica identidad por la que se es capaz de dar (y quitar) hasta la propia vida. No importa, nos recuerda el autor, que lo que el mundo radical presenta como propio sea, en algunos casos, una *vampirización* del nacionalismo más clásico, del mundo peneuvista; tampoco importa que acontecimientos libertadores y heroicos ubicados en la guerra civil y de gran utilidad para estos nuevos héroes ten-

gan poco ver con quienes profesan su fe en la patria vasca 70 años después. Ni siquiera es importante — siempre pensando en los efectos movilizadores — que algunos de los momentos clave del *gudarismo* y de la religión política vasca sean transcripciones modificadas de lo que ocurrió en realidad, porque puede que los más renombrados muertos no muriesen siempre como héroes. Y es que éstos no nacen, se hacen, insiste Jesús Casquete, de la misma forma que las naciones se construyen y las historias se adaptan para agitar las almas de los adeptos. Y es ahí, en su capacidad movilizadora, donde puede medirse la eficacia del discurso — y donde puede que el investigador comience a sentir fascinación ante su objeto de estudio.

*En el nombre de Euskal Herria* es un detallado recorrido por esta urdimbre significativa dentro de la que se mueve el sector radical del nacionalismo vasco. En él hay un análisis del calendario nacionalista, de la construcción del *gudarismo*, y de la estética de la política que les envuelve y simboliza. La apuesta hermenéutica es clara y, en este sentido, no escapa de las posibles críticas que pueden padecer este tipo de enfoques, porque Casquete se adhiere a las tesis de la religión política para presentar su interpretación sobre un fenómeno actual y ampliamente estudiado. Si el lector es sensible a este tipo de interpretación, leerá de un tirón el libro, devorando los análisis de rituales, de himnos y de (de) construcción de héroes y mitos. Si el lector, más bien, es crítico con el resultado al que conduce prestar atención a la construcción simbólica de la política y de las ideologías, vivirá su lectura como un relato hiperbólico en el que, en lugar de prestar atención a cuestiones capitales del mundo abertzale, se incide en la música, los entierros y la construcción del martirio insistiendo en su centralidad y en la extrema funcionalidad que ofrecen al movimiento radical, presupuesto del que Casquete se muestra plenamente convencido. En lo que sí habrían estar de acuerdo ambos lectores es en que el libro de Jesús Casquete es original. Original porque, dentro de la inmensa bibliografía dedicada al nacionalismo radical, ya sea la escrita por historiadores, científicos sociales o grandes nombres de las comunicaciones y la vida pública, *En el nombre de Euskal Herria* es pionero en deshilar algunas de las redes que forman la urdimbre simbólica de este movimiento. Es pionero, también, en aplicar algunas de las más actuales líneas de historia cultural para reescribir un nuevo relato sobre el radicalismo nacionalista. Y su resultado, al final, es mucho más que pionero, pues se convierte en valiente y arriesgado. Al comienzo del camino que se emprende con la lectura de *En el nombre de Euskal Herria* hay una página de citas en las que el autor parece advertirnos, a través de la efectista elección de los ilustres enunciados, la fuerza del tema que articula su libro. Así, el poeta Heinrich Heine nos sobrecoge con su cautela en la que implora la protección del pueblo honrado de «guerra y de fama, de héroes y hechos heroicos». «¡Pobre del país que no tiene héroes!», se lamenta Andrea; es entonces cuando Bertolt Brecht pone en boca de Galileo la certera corrección: «¡No, pobre del país que necesita héroes!». Finalmente, el libro se abre con una reflexión de Tucholsky, crítico social y

escritor judío que presencia la convulsa República de Weimar y su desastroso desenlace: «Toda glorificación de un hombre caído en una guerra se traduce en tres muertos en la guerra siguiente». *En el nombre de Euskal Herria* confirma todas estas intuiciones. Muchas décadas después de las amargas observaciones de Tucholsky, el mundo radical que estudia Casquete continúa nutriéndose de sus muertos, prosigue necesitando a sus héroes, e insiste en construir a sus gudaris porque en ellos se reconoce, con ellos se identifica y gracias a ellos se siente legítimo a la hora de empuñar las armas. Es entonces cuando resuenan las palabras del escritor: cada necesario gudari caído por la patria recarga el combustible del movimiento y reafirma el compromiso de sus militantes con la causa sagrada.

*Zira Box*

Universidad Complutense de Madrid